

VALENTIN, POETA EN EL TIEMPO



¿Te acuerdas, Valentín? Parece que fué... ¿cuándo?

De chicos ya pastoreábamos pequeñas estrofas en las tardes de sol por las eras del pueblo. Las eras de nuestro pueblo son anchas como el mar. Y verdes, como el mar a veces. Son, al final de la escapada, el remanso donde afluyen unas calles con ascendida vocación de infinitos, en permanente y afanosa búsqueda de su propia libertad y desahogo.

A veces nos escapábamos hasta las eras y allí soltábamos los sueños para que crecieran y se criaran a sus anchas.

Y en verano hacíamos navegar nuestra risa de muchachos a bordo de las trillas sobre olas de doradas espigas con el color candeal recién cortado y abríamos nuevas rutas, caminos sin desbrozar, senderos insospechados a nuestra existencia, entonces poco más que un prólogo iniciado, un pedazo de horizonte abierto a unas cuantas pequeñas alegrías.

Fueron -¿cuántos?- años difíciles, duros. Nuestras madres, como todas las madres de aquel tiempo, se dejaban cada noche las pestañas bajo la débil luz amarillenta mientras zurcían, con paciencia de siglos, la ternura desgastada y las ilusiones rotas de todo el día. Y a nosotros, los niños a los que poco a poco se nos iba apagando la infancia a fuerza de carencias y fracasos, nos sobresaltaba el aullido del solano abatiéndose sobre las primeras espigas.

Somos hijos de una memoria común y un mismo viento nos redime. Porque aquí mismo, debajo de esos "terrones que hacen sombra en el haza", se abrazan y se abrasan unas mismas raíces irrenunciables.

Y el tiempo, Valentín. El tiempo vive en nosotros y para nosotros. Somos su referencia única. El tiempo, que nos obliga a bruñir cada día la imagen borrosa de nuestro ayer más cercano en el espejo sin alma. Porque la imagen que damos no es la nuestra, sino la del tiempo que nos habita y ocupa nuestro lugar y hasta termina por parecerse a nosotros.

Desde el Cerro de la Paz hemos visto muchas veces cómo saltaban en pedazos los planteamientos existenciales de tantas y tantas gentes... Pero a tí y a mí y a muchos, siempre nos quedará el acogimiento final de la palabra. Del tiempo únicamente nos libera la palabra. Esa palabra que desde el tiempo anidó en tu cabeza machadiana y en tu corazón de trigo. Porque más allá de la palabra el tiempo ya no existe. O no se atreve.

Porque la palabra vale más que mil imágenes. Se engañan quienes afirman lo contrario. Lo contrario no es más que una visión trucada de la realidad que nosotros mismos reflejamos.

Ya verás cómo el tiempo, medidor inapelable de los paisajes más últimos, nos da la razón a los poetas. Ya lo verás, Valentín.

Raimundo ESCRIBANO